

MIGUEL ÁNGEL GARCÍA GUINEA (1922-2012) En el recuerdo

“Todo está por ver, todo por investigar, todo por comparar”

El día 5 de noviembre del año 2012 fallecía en Santander Don Miguel Ángel García Guinea. Tras una fructífera y longeva vida nos decía adiós a los 90 años este amigo y maestro entrañable de varias generaciones de arqueólogos, prehistoriadores, historiadores, etnólogos, historiadores del arte, arquitectos, y algún que otro profesional de la cultura española.

El Doctor M. A. García Guinea había nacido en Alceda, Cantabria, y era el menor de una larga familia de 8 hermanos. Tal vez esta circunstancia le llevó siempre a llevarse muy bien con los jóvenes “protohistoriadores” a los que enseñaba.

Licenciado en Historia por la Universidad de Valladolid (1947) con el mejor expediente académico realiza su formación como profesor en el Departamento de Arte y Arqueología de la Facultad de Filosofía y Letras en la misma Universidad, donde iniciará su tesis doctoral bajo la dirección del profesor Ángel de Apráiz, que culminará con su lectura en la Universidad de Madrid (1954) con Premio extraordinario.

El año 1958 se traslada a Madrid para trabajar con Martín Almagro Basch en el Museo Arqueológico Nacional y en la Universidad de Madrid, como profesor ayudante de Prehistoria.

Desde la capital de España volverá a su tierra para sustituir al padre Jesús Carballo en la dirección del Museo de Prehistoria de Santander (1962-1987), hoy denominado Museo Regional de Prehistoria y Arqueología de Cantabria. También será director excedente del Museo de Palencia, plaza que obtiene al ingresar en el Cuerpo Facultativo de Conservadores de Museos en el año 1976 y que nunca ocupará efectivamente.

Esta dilatada etapa (1962-1987) le permitió desarrollar muchos trabajos y proyectos recogidos en su momento por los miembros del Instituto de Prehistoria y Arqueología *Santuola*, uno de los órganos fundamentales creados por el Doctor García Guinea, en la

publicación: *Estudios en homenaje al profesor Dr. García Guinea* (vol. 6 ,1999) de la Revista *Sautuola* que él inició y dirigió y que era el órgano de expresión de los integrantes del Instituto.

En esta dilatada etapa de su vida hay que distinguir los distintos y variados trabajos arqueológicos que desde el museo tuvo que y quiso afrontar, ya fueran de cronología paleolítica, protohistórica, romana, medieval o moderna-contemporánea.

Es en esta floreciente etapa cuando se produce mi conocimiento personal de M. A. García Guinea. Un mes de Junio, no recuerdo muy bien si del año 1978 o 1979, había ido acompañando a Javier Cortes a la Diputación de Palencia, pues había quedado esa mañana con M.^a Valentina Calleja para tratar algunos temas, cuando un señor de buena planta que llevaba una carterita de cuero apareció por el despacho. En dicha cartera guardaba algunos dibujos y papeles relacionados con las excavaciones romanas que él dirigía en el pago de Tejada en Quintanilla de la Cueva (Palencia) y seguía la conversación sobre la conveniencia o no de hacer nuevas ediciones de la obra “El románico en Palencia”.

A la salida de este encuentro con un tomo del “*Románico en Palencia*” y un ejemplar del N^o 22 de la PITTIM que contenía la memoria de la 1^a Campaña de excavaciones en Herrera de Pisuegra (García Bellido-Fernández de Avilés- Balil y Vigil) nos fuimos a tomar un café y más detenidamente hablamos de lo mucho que podían hacer los jóvenes en el mundo arqueológico y concretamente en el Museo de Santander.

Ese mismo día observé una característica peculiar de estas dos excelentes personas y maestros, cada uno con sus singularidades; ninguno conducía vehículos de cuatro ruedas, puesto que a uno le llevamos a la estación para que cogiera un tren con destino a Santander y al otro le acerqué a Saldaña. A partir de aquel día y en años sucesivos, sus puestos de copilotos en los vehículos de motor era muy solicitado, puesto que, dependiendo del día, el humor y la compañía, sus conversaciones podían acabar siendo clases particulares de temas interesantes para aquellos que ocupaban los asientos vecinos. Esta particularidad que, era común a Alberto Balil, Javier Cortes y M. A. García Guinea, la mitigaba este último en sus años jóvenes con sus esforzados paseos en bicicleta para recorrer, visitar y estudiar el románico del norte palentino como magistralmente lo ha recogido Peridis en una de sus “tiras”.

A partir de este primer encuentro, iniciamos una relación constante y duradera, que continuará el día 15 de noviembre de 1979, una vez finalizadas mis milicias universitarias, y de regreso a Santander.

Me incluyo entre los postgraduados que realizamos un año (1979-1981) de Prácticas Profesionales Reglamentarias de Archivos y Museos y donde un grupo de jóvenes que nos iniciábamos en la investigación histórica, aprendimos a conocer a una persona con unos valores excepcionales y a partir de entonces un amigo dispuesto siempre a enseñar y ayudar generosamente a quien se lo solicitase.

Fueron años de aprendizaje y de formación en tareas de campo, excavaciones compartidas y ordenamiento de materiales en los fondos del Museo. Años donde J. M.^a Solana, A. Moure, M. A. Puente, los hermanos Vega de la Torre, Carmen Gutiérrez, R.

Bohigas, J. Peñil, E. Van den Eyden, E. Illarregui, Elena de Diego, M. A. Deibe, Amparo López, Carmen Martín, etc. y algunos más que espero me disculpen si no les cito para no hacerme pesado, colaboran en estudios pioneros y significativos para la historia de la arqueología de Cantabria en sus distintas fases culturales.

Intervenciones como las desarrolladas en Celada Marlantes; estudios de los restos aparecidos en la Casa de la Matra en Castro Urdiales; excavaciones como la de la Cueva de Cualventi en Oreña (1980-1983), Santillana, Santoña y nuevamente Castro Urdiales son referencias científicas obligadas para todos los que en ellas intervenimos bajo la dirección del director del Museo. Fueron años de excavaciones complicadas y de mucho voluntarismo e ilusión.



Figura 1. Primeras campañas de excavación en Camesa-Rebolledo, con J. M.^a Robles y M. A. Puente entre otros.

Sin embargo, quiero singularizar el asentamiento donde más he convivido en trabajos de campo con el Dr. García Guinea. Me refiero al asentamiento romano-medieval de Camesa-Rebolledo (Valdeolea, Cantabria) que conocí a través de J. M.^a Robles en el año 1980 y en el que iniciamos las campañas de excavación el 24 de agosto de 1981. Este proyecto lo abordamos con muchísima ilusión, pensando que podríamos aclarar muchas incógnitas sobre el contacto entre indígenas y romanos y a su vez poder documentar el paso de la tardorromanidad a la época medieval en esta parte geográfica de la antigua Cantabria. Un grupo muy reducido de personas iniciamos los trabajos (M. A. García Guinea, J. M.^a Robles, M. A. Puente y dos alumnos de la Universidad de Santander: Emilio Illarregui y Miguel Ángel Balbín), este equipo inicial con alguna incorporación más continuó hasta el año 1983. Fueron años de mucho movimiento y remoción de tierra y escasa financiación, donde todos aprendimos mucho y Camesa se convirtió en un campo de prácticas arqueológicas magnífico, donde por primera vez nos aparecía a todos un miliario “in situ” reaprovechado en unas Termas y unas “piedras del lugar” redondas de distintos tamaños que parecieran de

una batalla lanzadas contra la pared sur del edificio, etc. Realizábamos *brain storming* y visitas de aprendizaje a otros yacimientos como el de Santa María de Hito donde a Rosa Gimeno le aparecían restos tardorromanos-altomedievales muy interesantes; o bien a Monte Cildá, donde M. A. García Guinea había excavado en los años 1966 y 1973 con bastante éxito y lo había publicado en los nº 61 y 82 de la serie Excavaciones Arqueológicas en España. Estas salidas se complementaban con nuestra presencia en lugares señeros del románico palentino, cántabro y burgalés que acompañábamos con unas justas y frugales viandas de la tierra y largas sobremesas. Sin duda, todas unas clases teórico-prácticas de humanidad e historia de la vida sobre el terreno que nunca hemos olvidado y con el tiempo hemos seguido realizando, querido Miguel Ángel.

Siempre le gustó la docencia y su impartición a todo tipo de alumnos jóvenes y mayores. Desarrollo y participó en innumerables seminarios y la enseñanza reglada la ejerció en las universidades de Valladolid (1947-1957), Madrid (1957-1960) y Santander (1978-1986), donde impartía Arqueología Clásica e Historia del Arte en la Escuela de Turismo (1966-1998), hoy integrada en la Universidad de Cantabria.

Miguel Ángel García Guinea era un excelente investigador; como decía su amigo y compañero el profesor ya desaparecido J. J. Martín González en la recensión a los dos volúmenes de su excelente trabajo sobre el *románico de Santander* (1979): “Cuenta el autor con la ventaja de su anterior experiencia en las lides científicas del románico, como asimismo de su técnica investigadora como arqueólogo. De ahí que su punto de vista tenga un radio de acción superior a lo ordinario”; cubría todos los campos con cierta holgura; era un buscador afanoso de fuentes, indagaba y escrutaba con precisión y sosiego en los restos materiales e inmateriales: “Todo está por ver, todo por investigar, todo por comparar”. Era paciente y muy cauto en sus apreciaciones científicas -no tanto en las periodísticas-, siempre manejaba una excelente documentación gráfica, tanto fotográfica como la que basaba en su mano diestra con excelentes y cuidados dibujos ya fueran de microlitos, bastones de mando o capiteles románicos; sus horas de lectura y biblioteca no eran pocas -quien no recuerda la importante y actualizada bibliografía sobre patrimonio en general pero específicamente de arqueología y prehistoria acumulada en los años setenta, gracias a él, en el antiguo Museo Provincial de Santander. Toda esta nueva documentación nos sirvió a muchos jóvenes investigadores, entre los que me incluyo, para establecer vinculaciones culturales y comparativas con nuevas teorías de profesionales nacionales y extranjeros, en una época en que fuera de algunas bibliotecas ubicadas en Madrid y Barcelona, era complicado acercarse a fuentes documentales especializadas principalmente en ciudades que en aquellos años no contaban con Universidad.

En un pequeño artículo: *El asentamiento de Celada Marlantes y la futura arqueología de los cántabros* (1997), nos dice: “Soy de origen -muy viejo- campurriano, no renuncio a mis posibles antepasados”. Y en un largo párrafo de su fácil y certera pluma nos deja su visión de la arqueología: “yo suplico -pero al tiempo exijo que no se utilice a la arqueología, que es la revivencia de los mundos perdidos, como pantalla para proyectar- y vomitar elucubraciones. El prestigio de esta metodología histórica- la arqueología es un simple pero imprescindible

ayudante de la historia- merece un tratamiento no sólo más prudente sino, por decencia mucho más respetuoso, y no admite afirmaciones sensacionalistas que no hayan sido previamente comprobadas con indudables, claras y evidentes- jamás sobre hipotéticas- aportaciones objetivas que puedan evitar así todo prejuicio (personal, político, doctrinal o propagandístico) que como los “ídola” de Bacon, son enemigos irreconciliables de la verdad”.

Esteban Sainz, en una entrevista que le realizaba el año 2009, dice: “Dedicar una vida profesional a la investigación y hacerlo con solvencia, está al alcance de pocos. Jubilarte de tu trabajo 'oficial' y poder mantener una mente especialmente lúcida y una energía insólita, que te permita durante más de veinte años, continuar con una actividad si cabe más productiva, es excepcional”.

En muchas ocasiones los buenos investigadores no son didácticos en la divulgación de la ciencia. M. Ángel fue un gran divulgador de lo que investigaba, era meticuloso y cuidadoso en sus ediciones. Cómo no recordar su *Introducción a la Arqueología* (1965), o quién no ha utilizado *Santillana del Mar. Pasado y Poesía* (1971); *Altamira. El arte prehistórico de las cuevas de Santander* (1975); *Guía de la villa romana de Quintanilla de la Cueva* (1982); *Cantabria. Guía artística* (1988) o las últimas guías del románico en Cantabria (1996) o en Palencia (1998) entre otras obras de su abundante lista de referencias divulgadoras.

También utilizó con verdadera profusión otros medios de comunicación como la prensa escrita, programas de radio y las innumerables conferencias a lo largo de su vida para dar a conocer, defender o criticar los variados y distintos temas que su personalidad humanista le permitía abarcar en las distintas fases de su dilatada vida.

M. Ángel se jubiló en el Museo que le había dado muchas satisfacciones y algunos disgustos (como aguantar al “político ocurrente e ignorante” que quería regalar un excepcional anillo del patrimonio del Museo a una persona distinguida que visitaba la ciudad), pero sobre todo una estabilidad para poder dedicarse a lo que le gustaba, que era investigar, enseñar y divulgar. A partir del año 1987 iniciará una jubilación activa. Será vocal, junto a T. Garabito, J. A. Abásolo, M.^a V. Romero y bajo la presidencia de Martín Almagro Gorbea de mi tesis doctoral, leída en diciembre de este mismo año en la Universidad de Valladolid, y gozará de tiempo libre para realizar variadas iniciativas y actividades creativas.

Su energía y ganas de seguir adelante le llevan a trasladar e instaurar el Instituto de Prehistoria y Arqueología *Santuola* en un piso de la calle Santa Lucía e inicia así una brillantísima última etapa de su fecunda y larga vida entre los años 1988-2012.

En esta etapa de actividad sosegada, variada, generosa y de disfrute, se dedicará a elaborar y rellenar Inventarios y Catálogos artísticos. Será un tiempo de muchos desplazamientos con Elena de Diego Anbuhl que se traducirá en dos monografías firmadas por ambos y editadas por el Colegio oficial de Arquitectos Técnicos de Cantabria: *Relojes de Sol en Cantabria. Catálogo y Estudio* (1994-96) y la *Solana Montañesa. Estudio y ejemplares singulares* (2001). También aborda el estudio de documentos de archivo sobre el hidalgo montañés, pariente suyo, D. Ángel de los Ríos (El sordo de Proaño) y de otra familia originaria de Cantabria como eran los marqueses de Comillas. Sin duda, entre toda esta documentación de

archivos y libros, pasaba ratos felices en compañía de personas muy cercanas como Carmen y Charo Olave.

Se sentía realizado y era afable y generoso, enseñando, estudiando, escribiendo y todo ello le hacía trabajar y ser útil a la sociedad. La constancia y perfección en lo que hacía le gustaba y así lo transmitía, lo que le reportaba suficientes valores para seguir creando y estudiando día a día.

En esta última etapa, tiene la posibilidad de volver a encontrarse con el románico, arte que nunca había dejado de estudiar. Pero al igual que no tenemos muy claro si “Javier Cortes Álvarez de Miranda tuvo la suerte de encontrar una villa romana “La Olmeda” en sus tierras, o bien la Olmeda tuvo la suerte de encontrar a Javier”; lo mismo me ocurre con Miguel Ángel García Guinea, no sé si él encontró el románico palentino o bien el románico palentino hizo que se encontraran Miguel Ángel y José María Pérez “Peridis”.

El caso es que nuestro amigo acabó siendo Presidente del Centro de Estudios del Románico (1988-1994); Miembro del Patronato de la Fundación Santa María la Real (1995-2009, medalla de oro (2009) y Presidente de Honor de la misma Fundación (2001) de Aguilar de Campóo.

A estos dos innovadores amigos se les ha quedado “pequeño” el románico de las tierras altas palentinas y son los codirectores de la Enciclopedia del Románico en Castilla y León (2002), Asturias (2006-07), Cantabria (2007), en La Rioja (2008), Madrid (2008), Navarra (2008), en Castilla La Mancha (2009) y Aragón (2010), etc.

También serán años de reconocimientos: sus paisanos campurrianos le dan la Pantortilla de oro (1990); más al sur los herrerenses le hacen Caballero de la Festiva Orden del Cangrejo de río y en función de sus méritos se le distingue con el Cangrejo de oro (reproducción de una escultura de su amigo Ursi) (1993).

El 16 de marzo de 1999, en un acto académico, se le entrega en Segovia la Medalla de la Universidad (IE Universidad), por sus aportaciones y contribuciones al estudio, investigación, difusión y protección de las ciencias relacionadas con el Patrimonio Cultural.



Figura 2. XXII Festival Nacional de Exaltación del Cangrejo de Río. Ángel Carpintero y M. A. García Guinea (1993).

Figura 3. Miguel Ángel García Guinea recibe la Medalla en IE Universidad (1999).

El 15 de marzo del año 2002 ingresa como académico de la Institución Tello Téllez de Meneses de Palencia con el discurso: “*El románico, segundo arte de unidad europea*”.

Con posterioridad recibe otras distinciones entre ellas el Emboque de Oro de la Casa de Cantabria en Madrid (2009) y en junio del 2011, la Asociación de Amigos del Románico le nombra Socio de Honor.

En el año 2012 el Consejo de Gobierno de Cantabria aprueba por decreto el nombramiento de Hijo Predilecto por su extraordinaria actividad profesional en la conservación y difusión del Patrimonio Cultural de España y en particular de su Comunidad Autónoma.

Tengo por seguro que, como ha dicho Peridis, “habrás sido recibido con júbilo en el reino de los capiteles, de los canecillos y de las arquivoltas”. Te habrás encontrado o harás por encontrarle a Javier Cortes y con tu carpeta debajo del brazo le pondrás al corriente con tus dibujos de cómo han quedado las nuevas obras de la Olmeda y lo bien que puede quedar en un futuro Quintanilla cuando se le haga un poco más de caso y vengan tiempos mejores. Hablaréis, en fin, de vuestras cosas de hipocaustos, teselas, tégulas y sigillatas. También, encontrarás a Ursicino Martínez “Ursi” y le contarás lo cara que está la madera de roble o nogal y lo bien que ha quedado tu casa de Olleros de Paredes Rubias, pueblo palentino donde tienes de vecinos en casas restauradas a colaboradores tan queridos como Eduardo Van den Eyden, R. Rincón o Carlos Lamalfa. Les dirás que en este lugar de las “montañas de Burgos” pasabas ratos tan agradables que decidiste quedarte a reposar en su “necrópolis”.

Desde esa atalaya de privilegiados en la que te encuentras, con tu humor campurriano y sabiendo la verdad de las cosas te sonreírás graciosamente de los que quedamos en la tierra y seguimos elucubrando teorías sobre pinturas rupestres o medievales, cuevas, bastones de mando, cerámicas indígenas, legiones romanas, capiteles y estelas medievales, solanas montañosas y tanto y tantos temas que tú en vida estudiaste y muy bien nos enseñaste.

Querido amigo, me dice Emilio Illarregui, tu alumno “guerrero” como le llamabas, que se nos va hacer raro llamarte a “Sautuola” y que ya no estés y no volver a verte en nuestras estancias navideñas santanderinas.

Por mi parte te echare en falta en las reuniones musicales de los “Conciertos de la Ojeda” que María y Santiago Díaz Bustamante organizan todos los veranos en el marco incomparable, muy estudiado y amado por tu parte del antiguo monasterio románico de la “Granja de Santa Eufemia de Cozuelos” en el valle de la Ojeda palentina.

Conservo la dedicatoria que nos hiciste las navidades del año 1992-93 en ese libro tan personal tuyo *El Santoral del Chozo. Breviario emocional de un mundo irrecuperable*, donde nos decías: “Estáis muy cerca de las montañas que yo viví y sigo viviendo, que estéis también cerca en la amistad de quien esto escribe, con un fuerte abrazo y miles de recuerdos”.

Eras elegante hasta en las dedicatorias. Hasta siempre Miguel Ángel.

Cesáreo Pérez González



Figura 4. Miguel Ángel García Guinea, 2012 (Fotografía: Elena de Diego).

MIGUEL ÁNGEL GARCÍA GUINEA.

*El arte románico palentino a través de los ojos de un viajero del siglo XXI (2001)*¹

“El título del texto pretende que yo les dé a ustedes a conocer el contraste entre el románico palentino que yo vi, en su materialidad primero, es decir en sus monumentos, en aquellos años primeros de la década de 1950, del pasado próximo siglo XX, y los que hoy pueden verse. Aquellos años del 50 fueron los que, con motivo de mi tesis doctoral, pude recorrer toda la provincia palentina en solitario estudiando, midiendo, dibujando y fotografiando todas las iglesias, monasterios, ermitas, que levantadas en los siglos XI a XIII componían todo el catálogo de este estilo, y que conformaron en 1961 mi libro *El Arte románico en Palencia* que todavía se sigue vendiendo en su quinta edición, me parece.

Es decir, les expusiese a ustedes lo que vi en aquel entonces (¡va para 50 años!) y lo que ahora veo, y no sólo con los ojos del cuerpo, sino preferentemente con los del alma. Que, viajero que fui en los mediados años del siglo XX, les señalase la diferencia, que puedo ahora encontrar entre aquel románico que yo vi y el que en este presente vería, si volviese a hacer el viaje en nuestro recién estrenado siglo XXI.

Quizás pensarán Vds., que poca diferencia puede existir entre el románico de Palencia hace 50 años y verlo hoy, y en parte tienen razón si así discurren, porque, evidentemente, la mayor parte de las iglesias nos muestran un alzado de muros prácticamente idéntico, el que tuvieron cuando se construyeron con los posibles añadidos que otros estilos artísticos posteriores colocaron.

Pero un principio filosófico muy antiguo, ya percibido por el mismo hombre prehistórico y que ahora consideramos ya como axiomático es que todo cambia, que todo en el universo está en tránsito, aunque a nosotros nos puede parecer invariable y eterno. Anaxágoras ya lo enunció en el siglo V a. de C.: “*no nos bañamos dos veces en el mismo río*”. El tiempo es, a la vez, destructor y creador de las cosas. Si las piedras no se erosionasen no existirían los desiertos de arena.

Y en nuestro caso, después de 50 años, y en la bien perceptible variabilidad de las sociedades, y a la velocidad que las técnicas y los hábitos las están trastornando, todo es distinto: los protagonistas, si como yo, han logrado salvar esta distancia, y los ambientes físicos, sociales, religiosos, individuales, etc. En lo orgánico, en lo viviente, el cambio es más rápido y perceptible. Lo inorgánico, lo mineral, prolonga indudablemente más su apariencia pero el desgaste es inevitable, o la destrucción.

Apliquemos esto a la visión de nuestras iglesias románicas y deduzcamos de ello que no puede ser lo mismo las emociones e impresiones que ellas produzcan en un viajero contemporáneo a su construcción, cualquier peregrino del siglo XII visitador de reliquias de santos, que en aquel que en el siglo XVIII las mira con una sensibilidad muy distinta y bajo el

¹ Texto incluido y extraído de: L. A. ARROYO-M. ARANA-C. PÉREZ: *Palencia en los libros de viajes*. Palencia, 2008, pp. 491-501. Este relato, que yo le solicité hace unos años y que él, tan generosamente, como siempre, nos proporcionó, refleja muy bien la personalidad de un viajero humanista del siglo XXI, con metodología arqueológica, comprometido con su tierra y su gente.

influjo de una norma artística predilecta en su época. Basta que pongamos un ejemplo: el de Antonio Ponz, que publica en 1787 su libro *Viaje por España*, y que de su visita al monasterio románico de Santa María de Aguilar dice del claustro despectivamente: “*el claustro bajo de este convento es una especie de arquitectura arabesca, con grupos de columnas y ornatos de aquella clase en capiteles... El alto es muy otra cosa ejecutado en tiempos de Felipe II*”.

Quien como Ponz, viaja en el siglo XVIII, despreciando el arte románico y alabando el neoclásico académico, la visión de la arquitectura medieval no podrá producirle más que rechazo y, por lo tanto, ninguna emoción de belleza. Sin embargo en 1870, algo menos de cien años después, cuando visita el mismo monasterio la duquesa de Mier, en años ya de fuerte sensibilidad romántica, dice de él: “*el edificio es magnífico en sus ruinas*” y “*con un bello claustro*”. Dos viajeros, con dos situaciones de sensibilidad distinta, responden también de manera casi opuesta: el uno desdeñando y la otra elogiando. Desde este último momento que el romanticismo acentúa el sentimiento poético, el gusto por el arte medieval, el románico dejará de ser menospreciado. Y cuatro años después (1874) de la duquesa de Mier, visita Santa María la Real de Aguilar de Campoó, Ricardo Becerro de Bengoa que en su *Libro de Palencia*, con un gusto más afinado por la erudición artística que ya se hace notable, habla ya de “*claustro incomparable con ricos historiados capiteles*”. He aquí toda una demostración palpable de que las modas de cada época hacen variar el humano juicio sobre las cosas, y que, por lo tanto, las visiones y valoraciones sobre nuestros monumentos románicos son relativas y muy dependientes del juicio y del conocimiento de la sociedad que los contempla.

Así que en 1951, cuando yo me enfrento al románico palentino para estudiarle, mi sensibilidad es igualmente distinta a aquella que tenían los que me precedieron. Ninguno de los antes citados Ponz, duquesa de Mier y Becerro de Bengoa, pudieron conocer el pensamiento de los hombres del 98 que, sobre todo Antonio Machado, Azorín y Unamuno, ponen al descubierto, a la admiración y a la reflexión, el valor potencial y sugestivo del paisaje, y muy fundamentalmente del castellano, cargado de historia y vida pretérita. Pero yo recorro ya estas montañas de Castilla y estos páramos y terruños de Campos después de haber asimilado las bellezas poéticas de Machado, y los profundos sentires de Unamuno o los detenidos análisis y revivencias de Azorín. Mi viaje, pues, no es solo un viaje de estudio de monumentos, frío y anotador. Naturalmente que anoto, describo y ordeno mis apuntes y mis dibujos, porque el fin primordial de mi trabajo era poder presentar una visión lo más total posible de todo el románico palentino y el dar a conocer su alto valor artístico y evocador. Pero aparte de esta finalidad obligada, yo me di cuenta que a la emoción que me producía el paisaje natural y humano: montañas, ríos, alamedas sombrías, bosques, y cielos con todas sus variaciones, aldeas, sonidos, etc., se unía inseparablemente a él la existencia física de sus iglesias románicas, verdaderas reliquias de un pasado lejano que mágicamente se hacía presente formando un todo de belleza y nostalgia incomparable. Ya entonces me apercibí de la necesidad de evitar que la trabazón entre paisaje e historia pudiera algún día romperse y desde entonces defendí el mayor intactismo posible en aquellos lugares o parajes que han logrado conservar para un goce futuro ese estado de alma tan fascinante. Porque fascinación y embeleso fue lo que yo pude sentir los tres veranos de 1951-52 y 53 en los que,

con 29 a 31 años, recorrí tan distintos escenarios geológicos como ofrecen las tierras palentinas, que fueron para mí un descubrimiento total de emociones inéditas, y que, desde luego han quedado para siempre impresas, más en mi sentimiento que en mi memoria.

Tuve yo suerte en ocupar esos primeros años de la década del 50 en trabajar la tesis doctoral, pues si lo hubiese hecho diez años después, las impresiones probablemente hubieran sido distintas y de seguro menos deslumbrantes.

Y acerté en todo al realizar los viajes y el estudio en solitario. Ahora son corrientes los trabajos en equipo, tal como se está haciendo y terminando el románico de Castilla y León en donde vienen trabajando numerosos arqueólogos, historiadores, y arquitectos, y con toda, o casi toda, clase de nuevas técnicas (ordenadores, planificación excelente, magníficas fotografías en color, incomparable edición, capacidad enorme de utilizar bibliografía, transporte rápido, etc. etc.), las que corresponden a la actualidad. El trabajo se reparte, se especializa, se corrige con facilidad... Pero situémonos en 1951, cuando yo inicio mis primeros viajes. En España colean todavía las consecuencias de la guerra, la nuestra y la europea. El país está prácticamente aislado de Europa; las universidades tienen subvenciones insuficientes; son irrealizables los viajes al extranjero; el automóvil es un lujo; la economía en general se mueve a niveles bajísimos, casi de simple subsistencia; las becas de estudios son poquísimas y muy reducidas, y a pesar de ser profesor ayudante de arqueología en la Universidad de Valladolid tengo que arreglármelas por mi cuenta para lanzarme a la aventura de la tesis.

Como mi hermano Luis, siete años mayor que yo, es notario en Cervera de Pisuerga, y paso con él muchos días del verano, me doy cuenta, en salidas comunes, de la existencia de un románico prácticamente desconocido, rural y muy interesante. Hablo con el catedrático de Historia del Arte de Valladolid del que había sido discípulo, don Ángel de Apraiz, y acepta dirigirme la tesis.

Me dispongo y me decido a emprender el trabajo. Mi punto de iniciación será Cervera, desde donde podré desplazarme a visitar pueblos con iglesias románicas. Los más próximos los hago andando, los más apartados, con carretera, en bicicleta. Alguna vez aprovecho la salida en coche con mi hermano. Otras veces combino la bicicleta con el senderismo arrastrando la bici. Llevo una pequeña mochila, una botella de agua o cantimplora, varias cuartillas en blanco, dos lápices, y un block de dibujo apaisado del tamaño de las cuartillas, una goma de borrar, una máquina pequeña Kodak, una cinta decámetro, una regla de madera, y desde luego uno o dos bocadillos de tortilla o de carne, y unas cerezas, peras o manzanas, según existencias.

Salgo muy de mañana, apenas apunta el sol, y ante mí cada día se presenta una ruta distinta. Andando creo que llego a Salinas (ermita de Quintanahernando) y a Quintanaluengos, donde ya, por haberse destruido, no puedo ver la iglesia con arcos de herradura que conocieron Matías Vielva y Torres Balbás, y que fue en principio monasterio de monjas unido a Sahagún a principios del XI, pero me detengo para dibujar plano y detalles en la ermita de Quintanahernando y acuso ya en mis notas la impresión, aunque sea telegráfica, que el paisaje me produce: *“Se enclava esta ermita en las proximidades de un bello recodo*

del río". Como el lugar está totalmente solitario, hago despaciosamente el plano sirviéndome de palos para sujetar la anilla del decámetro, termino los bocetos a lápiz, y como veo que el sol ya ha pasado bastante del medio día (nunca utilicé reloj hasta que llegué en 1962 a la dirección del Museo de Santander), me acerco a los bordes del Pisuerga para tomar un baño de refresco en una tarde ya calurosa que presagiaba tormenta; como a la sombra de los álamos, me tumbo después cara al cielo y viendo pasar las nubes, pienso, con la calma y la quietud de un privilegiado, que mi vida no podrá nunca distanciarse de la naturaleza con la que me siento sensiblemente identificado.

Y así día tras día, llegando a aldeas desconocidas, nunca vistas, a pueblos vivos todavía, al pie de los montes, o en sus laderas o cerca de los ríos, contemplando como ser extraño que busca la iglesia y pasa las horas midiéndola, fotografiándola, entrando y saliendo de ella. Los niños (entonces había muchos) se acercaban a mí, me preguntaban, me ayudaban a mover la cinta. "¿Y para qué hace Vd. esto?", decían incrédulos, "¿La van a arreglar?". Luego llegaba algún viejo, el más decidido, le explicaba el porqué de mi trabajo. Me miraba receloso, pero si le enseñaba los dibujos quedaba más conforme y se avenía a decirme su pensamiento: "Es guapa la iglesia ¿verdad? Vd. que tendrá conocimientos, dígales que con la nieve se nos viene abajo el muro del cierzo". No especificaba a quien se lo tenía que decir, y yo sabía que eran muchas las iglesias que amagaban ruina. Me miraban otros desde las eras, desde su trabajo de trilla o de bielda, con bueyes o con mulas. Algunas tardes que necesitaba quedarme más tiempo, llegaban hasta mí briznas de paja que impulsaba el viento.

Las descripciones de iglesias y los dibujos del block iban aumentando y yo era consciente, cada noche que repasaba en mi habitación los apuntes, de toda la riqueza artística que estos campos de Palencia contenían, y también del abandono en que estaban algunas iglesias. Creo que nunca tuve que pedir la llave para entrar en ellas, porque todas estaban abiertas y nadie las robaba. Las iglesias románicas, las pequeñas, las de los concejos se mantenían, aunque pobremente, bien cuidadas. Las que más sufrían de abandono, eran las más grandes, los antiguos monasterios que la desamortización de Mendizábal les hizo entrar en ruina. En ésta encontré algunas. Recordaré sólo mi llegada al monasterio de Santa María la Real de Aguilar de Campoó. Fue una tarde de verano, "triste y soñolienta", como diría Machado. Estaba nublado. Conseguí después de muchos esfuerzos, apartando piedras y zarzas, alcanzar el claustro sombrío, invadido por saúcos algunos de respetable tamaño. La sensación de abandono era casi temerosa, pero la ruina, que había ya destrozado gran parte de las cubiertas presagiaba una muy pronta y total destrucción. Ya conocía yo lo que se había publicado sobre él por Quadrado en 1861; Assas (1872); Rodríguez Calvo (1893); Lampérez (1908), con su plano, el traslado de sus capiteles al Museo Arqueológico Nacional de Madrid en 1871, pero su estado ruinoso, que veía prácticamente insalvable, me llenó de melancolía y de un vago desconsuelo romántico; y aquella primera visita me dio a conocer la belleza y el encanto de lo que, sin dejar de transmitir historia y remembranza, está en trance de abdicar para siempre. Clamé en mi libro para que no se dejase morir tanto recuerdo.

Esta presencia, bella pero doliente, de la ruina, la volví a encontrar varias veces, a lo largo de mis viajes, románicos y románticos a la vez. Así hallé iglesias que yo vi caídas en

parte, como la de Vallespinoso de Aguilar, a la que entré trepando todos los sillares caídos del muro norte y de parte de la bóveda y que ahora el viajero del siglo XXI verá totalmente restaurada. La entraba el sol, entonces, hasta el presbiterio, lo que me permitió ver con toda luminosidad los excelentes capiteles del arco triunfal, y de la que yo apunté en mis notas lo siguiente: *“Hoy en ruinas, para mayor goce estético de un espíritu romántico, es uno de los mayores aciertos del arte, del paisaje y de la poesía juntamente. Ante ella algo más que el puro sentimiento arqueológico se despierta y por mucho que uno pretende frenarse, se eclipsa el arqueólogo ante el poeta”*.

En ruinas estaba también, sin ningún tejado, la ermita de San Pedro de Canduela y otras muchas iglesias románicas aparecían en condiciones de avanzadísimo deterioro. Hoy, el viajero que las visita encontrará casi todas ellas aseguradas y restauradas por la Diputación de Palencia y el Centro de Estudios del Románico de Aguilar.

Otras, sin embargo, están aún hoy como yo las encontré cuando las estudiaba. Tal es el caso de la Granja de Valdecal, cerca de Mave. Era, en el 1011 monasterio dependiente de Oña, pero el tiempo y el abandono de los hombres lo dejaron caer miserablemente y a estas alturas, ya en el siglo XXI, sigue totalmente cubierto lo que queda por una invasora vegetación de enormes zarzas que no dejan un solo hueco para descubrirle. Yo publiqué tres capiteles que se encuentran en el Museo Arqueológico Nacional, y otro sujeta el altar de la iglesia de Mave. Desde que yo en el año 1952 los incorporé a mi libro, nadie ha podido hacerse paso por el enrejado de la maraña pinchuda de los cambrones que los ocultan. Tenemos intención de conseguir que los que vivan en el siglo XXI puedan ver y analizar sus ruinas.

Algo por el estilo pasa con el importante monasterio de Nogal de las Huertas fundado por la condesa Elvira Sánchez en 1063, cuyas ruinas no han podido todavía conseguir su hora de que las saque alguien de ese estado. Conserva dos capiteles de un maestro que esculpió alguno de los de Frómista, y su lápida de construcción (en dos versiones) ha servido para asegurar la fecha para mediados del XI de la iglesia de Frómista. Otra iglesia monasterial premostratense que el viajero del siglo XXI tendrá la desgracia de verla en el mismo estado de abandono en que yo la vi es Santa Cruz de Ribas, al norte de Palencia capital, y a pocos kilómetros de Monzón de Campos. Hoy es todavía uno de los más bellos establos del mundo. Al menos allí guardaban las ovejas en la década del 50. Hoy creo que aunque ya esto no se hace, al menos cuando hace cuatro o cinco años que la vi por última vez, su interior seguía en total descuido. Ojalá mis impresiones, siempre negativas, sean en estos momentos menos vergonzosas ante un viajero de este siglo que promete ser llamado “de las mil luces” (lo digo por los miles de aerogeneradores que hay en proyecto).

Algunas piezas monumentales y escultóricas que yo en mi recorrido de los años 1950 pude disfrutar ya no serán visibles al viajero del siglo XXI, sencillamente porque se desmontaron o desaparecieron por diversas circunstancias que no parece pudieron evitarse. Pongo ejemplos: Vds. no tendrán la suerte de contemplar el ábside casi completo que estaba en un descampado entre Vallespinoso de Aguilar y Lomilla, el de la iglesia de Villaláin. Yo pude hacer plano de él y dibujar el conjunto arquitectónico que aún quedaba. A los pocos

años solo existe la fotografía y mis dibujos. Yo fui su último y definitivo cronista. ¿Quién lo desmontó todo?

Otro caso, y esta vez de escultura, es el del bellissimo relieve de la Anunciación que yo también pude fotografiar (desgraciadamente en mal cliché) en la ermita de la Encina de Moarves, pieza de buen tamaño (unos 60 x 50 cm.) que volví un día para mejor estudiarla y ya no estaba... Se esfumó, al parecer para siempre, y como por arte de magia. Seguro que a una colección particular.

Igual podemos decir del pequeño edificio-ermita conocido por el Granero de Frontada. Quedó abandonado al desaparecer el pueblo con el pantano de Aguilar y se llevaron toda la piedra de sillería con la que estaba construido y tres arcos esculpidos que daban paso a una vieja capilla o iglesia rupestre, tal como yo presumía cuando redacté la monografía de este interesante edificio.

En otro aspecto, también por operaciones al parecer obligadas por el “progreso” y como consecuencia del citado pantano, el viajero del siglo XXI no verá en su sitio la interesante iglesia románica de Villanueva de Pisuerga que fue trasladada a la huerta de Guadián en la ciudad de Palencia, y que formaba un conjunto de admirable belleza con un puente de su época, que hoy, cuando las aguas del embalse bajan mucho, aparece mostrando su sillería con las mismas marcas de cantero que tiene la iglesia; lo mismo podemos decir de la puerta de Quintanilla de Ojeda, que hoy se tiene que ver en el claustro de la catedral. Desgraciadamente en el contencioso abierto desde hace mucho entre arte y técnica siempre le toca perder al arte.

En fin, muchas cosas más les contaría de lo que yo pude ver y no verá el viajero del siglo XXI: pilas bautismales que se vendieron o se cambiaron, cruces procesionales y capiteles que en el mejor de los casos fueron recogidos en el Museo Diocesano o Arqueológico de Palencia, imágenes en madera, etc. Pero la cosa ya venía de antes: perdimos los capiteles -quizá con mucha razón- del monasterio de Santa María de Aguilar. Con menos razón y sí mucha ambición o ignorancia, los de Lebanza que pasaron al Fogs Art Museum, y los de otras iglesias al Museo Marés de Barcelona; se dejó venir abajo lo que quedaba del monasterio de Benevivere, cerca de Carrión de los Condes.

Todo esto ya no lo vi yo tampoco. Si seguimos así, con la pérdida de nuestro patrimonio románico, aunque veo con esperanza que esta política de abandono parece ya definitivamente cortada, tal vez podamos hacer un libro como el que dio a la imprenta en la década del 60 mi buen amigo Gaya Nuño sobre la riqueza del patrimonio artístico español desaparecida.

Desde que se publicó mi libro en 1961, han aparecido numerosas piezas románicas que a mí se me pasaron, o que han aparecido como consecuencia de obras de restauración. Así el viajero del siglo XXI podrá ver la nueva puerta de San Zoilo, con sus capiteles tan centrados en el que llamo románico dinástico; los capiteles de San Jorje, ermita abandonada que yo no conocía y que me documentó Cesáreo Pérez en 1982 cuando excavábamos la villa romana de Camesa-Rebolledo; los capiteles nuevos, recientes, de Frontada, aparecidos en la restauración; los de Quintanilla de la Berzosa, por la misma causa; la iglesia de Revilla de

Collazos con su fuste escultórico que yo no localicé; la sala capitular de Arenillas de San Pelayo que estaba emparedada; los capiteles aparecidos en Santa Eufemia de Cozuelos; la iglesia de Montoto de Ojeda, y alguna cosa más.

Los que desde ahora -viajeros o turistas- pretendan ver nuestro románico palentino, y en compensación con lo que ya no verán, tendrán a su servicio -lo que nosotros no tuvimos-, primero buenas o mejores comunicaciones, medios de locomoción más rápidos, abundantes posadas o apartamentos donde descansar, buenas guías, tanto impresas como personales, que los orienten y les faciliten rutas de visitas, etc. En fin, un ambiente general más culto y conocedor de la valía de sus monumentos. Estos están más cuidados y restaurados que cuando yo les estudiaba. Nadie se extrañará de que el viajero mire y remire entusiasmado los frisos de Santiago de Carrión, Santa María de la misma villa y San Juan de Moarves, o las pilas de Calahorra de Boedo o de Colmenares. Todavía encontrarán alguna dificultad para que les abran la puerta de determinadas iglesias, porque el robo de imágenes está a la orden del día y en esto no tendrá el viajero del siglo XXI la suerte que tuvo el viajero de la mitad del siglo XX de encontrarlas siempre abiertas.

Este viajero del actual siglo que empieza podrá disfrutar de verdad de la belleza de los monumentos y en algunos casos podrá incluso llevarse recuerdos gastronómicos como las pastas y pasteles de las monjas cistercienses de San Andrés de Arroyo y las clarisas de Aguilar. Podrá gozar, todavía -salvo algunos despropósitos que siguen pareciéndonos inconcebibles- de una belleza natural del paisaje en sus extremos de la Montaña palentina y de la Tierra de Campos, escenarios inseparables de sus iglesias románicas. Este punto tan esencial para disfrutar de las sugerencias históricas, de la revivencia de un pasado que produce en el contemplador un estado de ánimo que le permite, milagrosamente, retroceder en el tiempo, yo pediría desde aquí que todos fuésemos voceros de su conservación, que hagamos que se mantenga así como está, que no le perturben con modernismos desajustados que rompen para siempre, en el contemplador, esa vía casi de ensueño con las generaciones ya muertas, pero que nos dejaron, con esta íntima unión entre paisaje y arte, una verdadera herencia de espíritu y humildad que ahora tanto necesitamos. Esto es lo que antes ningún viajero había dado importancia y que ahora los que vivimos en el siglo XXI, con una sensibilidad más acusada creemos fundamental: la íntima comunión del monumento con su entorno. Esto no lo vio Ponz, ni siquiera la duquesa de Mier, ni tampoco Becerro de Bengoa, cuando visitaron el románico palentino. La valoración estética de la arquitectura histórica unida al paisaje fue percibida con fuerza por nuestros escritores del 98. Unamuno, Machado y Azorín. Es una sensibilidad moderna que ahora ya ha calado en la sociedad culta y sensitiva, que, al tiempo que lo ecológico, sabe estimar la emoción que para siempre se perdería si se rompiese esa conexión: arte-paisaje.

Nuestro viajero del siglo XXI, sin embargo, ya sí que no podrá sentir de cerca el ambiente humano del campo y del paisaje que yo todavía alcancé a recibir. Los pueblos y aldeas de entonces vivían con costumbres, estilo y ritmo casi medievales. Se araba todavía con el arado romano, se segaban las cosechas con la hoz o la guadaña, se lavaba en los ríos o en lavaderos de pilones, se veían en el campo o en los caminos recuas de mulas que muy de

mañana sacaban los mozos para el consabido trajín, se tocaban las campanas al ángelus al mediodía y al caer la tarde; se cantaba al trabajar; si había tormentas se rezaba el trisagio; se decía misa y se rezaba el rosario en latín; se reunía en concejo al son de campana tañida... Todo ello armonizaba en todo con sus iglesias románicas y realmente se sentía uno rodeado todavía de una atmósfera humana que no se había apartado del espíritu y la tradición que la iglesia representaba. Si el hombre acabó, voluntaria o forzadamente, con este ambiente perfectamente encajado en todo, ahora tan sólo le queda para seguir sintiendo ese acercamiento de uno a la percepción sentimental de unos siglos remotos, el no dejar que el paisaje pueda perder ese valor de la belleza natural unida a la belleza monumental. Porque el paisaje, que casi ya ha perdido el atractivo humano, es el único que puede aumentar la sugestión que del medievo producen las iglesias románicas, sugestión que exige un entorno no vulnerado por acciones “civilizadamente” nefastas que rompen la quietud y el sosiego evocador que toda iglesia románica necesita.

Por ello, mi categórica oposición a la colocación de parques eólicos en parajes de reconocida estimación histórica, artística, arqueológica, ecológica y etnográfica como lo son estos densos núcleos de románico en Palencia (*“la mayor concentración del mundo”*, que dijo Víctor de la Serna), porque ellos, con su sola presencia en cumbres altas y visibles no sirven más que para contaminar nuestro espíritu de ensueño, y apartarle indefectiblemente de una evocación que le iba a asegurar un poco de paz, de sosiego y de querida regresión en el tiempo, que tanto necesita la humanidad actual para conservar indemne su salud mental.

Como decíamos al principio, cada época, y quizá en ella cada persona, contempla el arte y lo siente a su manera. El viajero del siglo XXI es de esperar que utilice todas las facilidades que se le han dado para conocer bien los monumentos románicos de nuestra tierra, y para sacar de ellos el máximo provecho para su formación, y que la comunicación con ellos y su paisaje constituya además una ocasión para salir un poco de la cárcel de este materialismo salvaje que parece querer angustiar el alma del hombre privándole de esa su capacidad, que parecía infinita, de pensar, sentir, crear y soñar. Creo que va siendo preciso enseñar a defendernos (también el alma tiene su ecología) de una polución silenciosa y no considerada que acabará matando todos nuestros ensueños, nuestras imaginaciones y nuestras fantasías, es decir todo aquello que venía siendo considerado inherente e inseparable de la esencialidad humana”.